

Una Elegía de Barrenechea

LEO ESTA TARDE, mientras la lluvia cae con estrépito y en el cielo plomizo se entrecruzan latigazos de plata, unos poemas de Barrenechea, elegíacos y en sordina. En uno de ellos, el poeta aparece tendido en la cámara de un hotel de gran ciudad. La valija entreabierta deja visible el contenido prosaico: los pañuelos, la brocha de afeitar, la manga de una camisa que alarga el brazo para alcanzar una cosa cualquiera, un adiós, un recuerdo, un fugitivo rostro. El poeta está de regreso de cualquier éxodo. Le acechan reminiscencias de paisajes y voces muertas; su corazón palpita con fuerza, como golpeando la negra puerta del síncope. A esa hora culminar de la noche, todo en su torno está hueco, oscuro, gaseado de silencio. Detrás de las cortinas, adivinanse las luces de la calle, plantadas en angulosa simetría que se cierra al final, como remate de un isósceles. Más allá, en el plano, posterior y opacado por la sombra, un reloj reparte campanadas plácidas, para insomnes y agonizantes. El yacente se sabe un número extraviado en el laberinto de espejos de una galería de hotel. Quizás la manga que emerge de la valija trate de alcanzar el audifono y dar la voz de alarma; pero la manga carece de musculatura y nervio y el hombre deja que el sudor agónico escurra sus esperanzas. La lectura ha sido penosa, agravada por la lluvia que cae, isócrona y provincial como quien nada tiene que recordar.

*

Y ese desaliento, emergiendo de la profundidad hasta la flor de la piel, contiene un diapason elegíaco y funeral, como si el poeta dictara su propio responso desde esa pizca de hotel, adornada de cortinas de reps verde, con un espejo al fondo, para que refleje y recoja, en su vacío insondable, las doloridas muecas de los pasajeros anónimos... Quien conoció a Barrenechea, su figura maciza plantada con solidez sobre la vida, ¿cómo podría imaginar que oscile ahora, al aire de una traidora desventura, como un traje vacío colgado de un perchero? El poeta chileno —de los más grandes de su tierra— había heredado de sus abuelos vascos una osatura maciza y cuadrangular. Como tal, era capaz de vaciar de un sorbo un vaso de whisky

sin aguar y deshojar de un soplo una camelia. Su posición sobre la tierra era vital, optimista y directa, sin vacilación ni desmayo. De la vid de la vida tomaba los racimos mejores y los llevaba, con el brazo triunfal, hasta la altura de los labios. Era como un Baco lúcido y ebrio, celebrando a toda hora la euforia de existir.

Lo vi de lejos algunas veces, en Bogotá, en donde representaba a su país. Él era Embajador; yo, desterrado. Más tarde lo vi en Santiago, su tierra natal. Cuando lo volví a ver en Madrid, de pasada, no lo reconocí. Algo se había quebrado en él, algo que no era físico. Caminaba como pudieran caminar los árboles golpeados por el relámpago.

*

Ese elegíaco manojo que tengo entre las manos, da las claves secretas del pesar que lo circunda para siempre. Un hijo se le "perdió en el aire", como él mismo lo dice, cuando avatares de la existencia lo condujeron a Nueva Delhi hace unos pocos años. A Julio Barrenechea le atraían las florestas exóticas, la explosión vegetal de los países inéditos, la indescriptible fascinación de la vida oriental. Como era un gran gustador de placeres y sensaciones, erudito, curioso e infatigable, un día partió con su bagaje de sueños, alquiló un elefante —quizás una alfombra mágica— y se internó en la jungla fascinadora que ya, desde el álbum de sellos de correos de su infancia, desde el aprendizaje de la Geografía, lo llamaba con signo cabalístico emboscado en el mapamundi. Aquellos nombres —Bombay, Ceilán, Madrás, Lahore— con su sabor de fruto inédito, ejercían una atracción inexorable sobre su poesía. ¿Quién podría adivinar el engañoso espejismo que dejaría al descubierto su trémulo corazón de padre triste? Cuando se evoca su estampa de argonauta —que desafía la galerna y se desquita en tierra de los riesgos corridos— y se desvela la estremecida frente de su llanto, llanto viril y noble de hombre que se ha quedado en la orfandad, un calofrío sacude los espejos en que se reflejaron los mil instantes de la euforia, como si se escurrieran sus azogues.

R. A.

El Can. 17 XII - 1968 - Compañía

656119

Una elegía de Barrenechea. [artículo] R. A.

Libros y documentos

AUTORÍA

R. A.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una elegía de Barrenechea. [artículo] R. A.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile